

matanzas ordenadas en nombre de Dios, las hogueras, los cadavres que á la voz de los sacerdotes cubrian la Europa, la sangre de los reyes derramada por el hierro de los asesinos; todos estos objetos reaparecen incesantemente en todas sus obras bajo mil colores diferentes. Excitaba la indignacion, hacia derramar lágrimas, lanzaba el ridículo. No temia presentar con repeticion los mismos cuadros, los mismos razonamientos. Dicen que incurro en repeticiones, escribia; pues bien, seguiré repitiendo hasta que se corrijan» (1).

Es tan cierto que la guerra contra la Iglesia es el objeto de toda la existencia de Voltaire, que sin esta pasion no es posible comprender sus escritos, y no teniéndola presente, se forma una idea falsa de aquel genio prodigioso. Es poeta, pero no lo es á la manera de Racine y de Goethe, no cultiva el arte por el arte; el teatro es un arma formidable de que se sirve para influir sobre los espectadores; persigue el fanatismo, predica la religion natural; no es un artista, es un luchador, el soldado del libre pensamiento. Es historiador, pero no se ha de buscar en él un narrador ni aún un filósofo imparcial: la historia es una acusacion contra la Iglesia: los que le echan en cara que su filosofía de la historia es falsa, porque no está inspirada en la ideal de progreso, no le comprenden; si hace una guerra implacable al pasado, es para destruirlo, y ¿para qué lo ha destruir sino para llegar á un porvenir mejor que es su ideal? Se le acusa de ser cortesano de la monarquía absoluta; no se ve que, si se digna hacer la corte á los reyes, es para recordarles incesantemente que la Iglesia es el enemigo nato de la soberanía civil: quiere unir á los príncipes contra el comun enemigo de todos. Hay una admirable unidad en aquella existencia tan agitada, en aquella actividad tan variada; su consigna, que en todas partes reaparece, en el poeta, en el historiador, en el filósofo, en el hombre y en el escritor, es, *aplástad á la infame*.

El infame ¿era la supersticion ó el cristianismo? Un ministro reformado, hombre de elevada inteligencia, es quien hace la pregunta. Vinet responde: «El cristianismo» (2). Nosotros respon-

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (VOLTAIRE, *Obras*, t. LXIV, p. 107 y sig.).
(2) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 8.

demos; no, es el fanatismo. Preguntábase á Voltaire con qué habia de reemplazar las preocupaciones que con tanto encarnizamiento destruía, y respondió: *Os he librado de una fiera que os estaba devorando y me preguntais qué pongo en su lugar?* (1). Esta fiera no es el cristianismo de Jesucristo, es el cristianismo tal como existia en el siglo XVIII en los países católicos: es el catolicismo, pero degenerado, decrépito, sin nada ya de la vida poderosa que habia animado á la Edad Media, que se contentaba con disfrutar de sus beneficios, que no hablaba á los pueblos más que para denunciarles el libre pensamiento, que no se dirigia á los reyes más que para adularlos, adulando hasta sus vicios para dominarlos y para explotar al mundo con su auxilio. Esta es la fiera con la que luchó Voltaire cuerpo á cuerpo toda su vida. Él mismo nos lo dice.

III.

¿Qué es lo que causa hoy la debilidad de la Iglesia y la fuerza de sus enemigos? Los libres pensadores siguen siendo una exigua minoría; sin embargo, en las batallas electorales, allí donde las clases inferiores tienen mayoría, la Iglesia sucumbe. Sucumbe al ménos do quiera que hay un elemento intelectual, en las ciudades; si conserva su influencia en los campos, es porque tiene cuidado de cultivar en ellos la ignorancia y la estupidez. Aun en los campos sucumbiria, si no tuviese como aliada una aristocracia territorial, más desprovista de inteligencia todavía que las poblaciones sobre las cuales impera. ¿Cuál es la razon de este hecho? ¿Por qué los electores católicos votan contra la Iglesia? Es que hay una antipatía instintiva pero profunda contra la dominacion del sacerdote hasta en las clases ménos ilustradas. Ahora bien: la Iglesia católica aspira por su esencia á la dominacion; dejaria de existir el dia que renunciase á su eterna ambicion. De aquí una lucha incesante de la sociedad que no quiere ya el yugo sacerdotal contra la Iglesia condenada por su pasado á sostenerlo. La lucha no cesará sino con la ruina ó la trasformacion del catolicismo.

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire* (VOLTAIRE, *Obras*, t. LXIV, p. 167).

Lo que sucede á nuestra vista nos explica lo que sucedía en el siglo XVIII. Únicamente falta hoy un elemento de division y de ódio que ha desaparecido, gracias á la revolucion. Nosotros somos libres, al paso que los filósofos han tenido que conquistar nuestra libertad. La Iglesia, aunque decrepita, tenía todavía sus inmensas riquezas y una inmensa influencia por su alianza con el poder real. Encadenaba, perseguía al libre pensamiento: de aquí la pasión que animaba á los combatientes. Por lo demás, las ideas, los sentimientos que inspiraban á los filósofos eran los nuestros: era una rebelion contra una dominacion que no tenía ya razon de ser. Voltaire nos descubre los repliegues más secretos de su alma en una carta íntima que escribió en 1765 á la marquesa du Deffand:

«Me parlais de mis pasiones, señora: os confieso que la de examinar un asunto tan importante ha sido mi pasión más fuerte. Cuanto más me acerco al fin de mi vida por mi edad y la debilidad de mi temperamento, más he creído de mi deber saber si tantas gentes célebres, desde Jerónimo y Agustín hasta Pascal, habrán tenido alguna vez razon. He visto claramente que no la tenían, y que no eran más que abogados sutiles y vehementes de la más mala de todas las causas. Os confesaré también que mi amor extremado á la verdad y mi horror á los *espíritus imperiosos que han querido subyugar nuestra razon*, son los principales vínculos que me unen á ciertos hombres (los enciclopedistas) que os gustarian si los conocierais. El difunto abad Bazin (1) no hubiera escrito sobre estas materias, si los maestros del error se hubieran contentado con decirnos: Ya sabemos que no enseñamos más que necedades, pero nuestras fábulas no son peores que las fábulas de otros pueblos: dejadnos enganchar á los tontos y riámonos todos: en este caso el silencio sería posible. *Pero han unido la arrogancia á la mentira, han querido dominar sobre los ánimos, y esta tiranía irrita*» (2).

Los filósofos del siglo XVIII son esclavos que se rebelan contra sus tiranos. La tiranía contra la cual se rebelan ha nacido con la Iglesia: su historia, más aún que la de los reyes, es el martirolo-

(1) Este era el pseudónimo favorito de Voltaire.

(2) *Carta* de Marzo de 1765 (*Obras*, t. LIII, p. 65).

gio de la humanidad; lo que oprime, es el dón más bello de Dios, el libre pensamiento. Lo que es un derecho divino, lo que los verdaderos discípulos de Cristo consideran hoy como un deber, es un crimen á los ojos de la Iglesia: ésta califica de herejía la investigacion de la verdad y la noble obstinacion de los que la han encontrado, en sostenerla contra todo el mundo. Uno de esos hombres á quienes Voltaire acusa de haberse engañado y de haber engañado al mundo, San Agustín, extraviado por su fe, formuló la teoría de la persecucion, y legó este arma terrible á una Iglesia que, más que otra cualquiera, tiene la ambicion del poder. La historia nos enseña el uso que hicieron los papas de la verdad absoluta de qué pretendían ser órganos; las cruzadas contra los herejes, los calabozos y las hogueras de la inquisicion nos dicen el respeto de la Iglesia romana á la libertad de pensar. Sin embargo, los libres pensadores de la Edad Media, si puede darse este nombre á los herejes, eran cristianos. Roma concitó también en el siglo XVI á los reyes y á los pueblos contra discípulos de Cristo. Aun cuando los reformados eran más cristianos que el papa, corrió la sangre en toda Europa para ahogar á la reforma. Y es que la reforma atacaba la dominacion secular de Roma. Sus partidarios no retrocedieron ante el crimen: la noche de San Bartolomé espantará á la más remota posteridad, y la conspiracion de las pólvoras es igualmente espantosa. Crímenes inútiles, como todos los crímenes: caen sobre la cabeza del culpable, sin que éste obtenga la ventaja que se proponía.

No solamente ataca la Iglesia á la razon, sino que deja á las naciones tan poca independencía como al pensamiento. Escuchemos á Voltaire; él nos dirá que hace la guerra á la Iglesia porque quiere la independencía de la sociedad láica. ¿Quién no conoce los horrores de la Liga, que hoy se quiere convertir en una manifestacion del espíritu de libertad? ¿La libertad! Voltaire enumera los doctores en teología que fueron los trompetas de la muerte y la carnicería. Cita al doctor Bourgoing que, segun dicen, hizo bajar una estatua de la Santa Virgen para animar al hermano Jacobo Clemente al parricidio. Cita los setenta doctores de la Sorbona que declararon, en nombre del Espíritu Santo, á los súbditos absueltos de su juramento de fidelidad. ¿Era el interés de la reli-

gion el que los inspiraba? « Cuando Enrique IV preparaba su abjuración y cuando los ciudadanos hicieron representaciones para entrar en transacción con aquel grande hombre, aquel buen rey, aquel conquistador y aquel padre de la Francia, toda la facultad de teología congregada condenó la representación como *inepta, sediciosa, impía, absurda, inútil, en atención á que era conocida la obstinación de Enrique el relapso*. La facultad declara expresamente á todos aquellos que hablen de invitar al rey á profesar la religión católica, *perjurios, sediciosos, perturbadores del reino, herejes, fautores de herejes, sospechosos de herejía: y que pueden ser arrojados de la ciudad, para evitar que aquellos animales pestíferos contagien todo el rebaño*. » Bendigamos á los filósofos, añade Voltaire, que han enseñado á los hombres que se deben dar los bienes y la vida por el rey, áun cuando profese la religión de Mahoma, de Confucio, de Brama ó de Zoroastro (1).

El catolicismo y el odio de que era objeto, se concentraban en el siglo XVIII en la Compañía de Jesús. Es verdad que también los jesuitas estaban en decadencia, pero expiaban su pasado. Voltaire era discípulo suyo, hé aquí lo que critica en sus maestros: « El haber puesto el cuchillo en la mano de Juan Châtel, el haber obligado al gran Enrique IV á decir al duque de Sully que prefería llamarlos y hacerse amigo suyo, á estar continuamente temiendo el puñal y el veneno »: los acusa « de ser soldados con sotana, espías en todas las cortes, enemigos de todos los reyes, traidores á todas las patrias » (2). Esto era historia antigua en el momento en que Voltaire escribía esta violenta acusación. Pero con su admirable buen sentido observa que la historia antigua puede de un día á otro convertirse en historia de actualidad, si no se arranca el mal de raíz. ¿No era Voltaire contemporáneo de la revocación del edicto de Nantes y de las dragonadas?

IV.

Ya sabemos ahora por qué Voltaire hacía una guerra á muerte á la Iglesia; más de una vez lo repitió todavía, y nosotros respon-

(1) *Discurso de M. BELLEGUIER (Filosofía, t. I; Obras, t. XXIX, p. 516).*

(2) *IDEM, ibid., p. 517.*

derémos como él á los que nos criticaren estas repeticiones: puesto que no dejan de calumniar á un gran genio, no cesaremos de defenderlo; y el mejor medio de hacer su apología ¿no es dejarle hablar á él mismo? La dominación de la Iglesia, que Voltaire combate, encuentra hoy defensores en el campo de los filósofos, no que la legitiman en sí misma, sino que la justifican en razón de las circunstancias históricas en que se ha establecido. Esta equidad imparcial tiene un escollo, y es que no reprueba con bastante energía la usurpación de que se hizo culpable la Iglesia. El siglo XVIII no tenía y no podía tener nuestra justicia, que depende en gran parte de nuestra indiferencia. Empeñados en una lucha suprema con lo pasado, los filósofos no se sentían dispuestos á pintarlo con colores favorables: ponen de relieve todo lo que tiene de odioso, de absurdo, de ridículo la dominación de la Iglesia. Esto no es más que una parte del cuadro, pero salvo la exageración de los colores, está copiado del natural.

« Las usurpaciones de la corte romana, dice Voltaire, son grandes y ruinosas: sus pretensiones son innumerables. ¿En qué se fundan? ¿Por qué el obispo de Roma ha de ser el déspota de la Iglesia, el soberano de las leyes y de los reyes? ¿Es porque Jesucristo ha dicho expresamente: *No habrá entre vosotros ni primero ni último?* ¿Es porque ha dicho *el que quiera elevarse sobre sus hermanos se verá obligado á servirlos?* » Voltaire suele insistir sobre el pontificado de San Pedro: nada más dudoso que la residencia del apóstol en Roma, y algunos escritores necios han encontrado medio de añadir el ridículo á la duda: « Autores que no son de Thou escriben que Simon Barjona, llamado también Pedro, vino á Roma en tiempo del emperador Nerón; que allí encontró á Simon el mago: que se enviaron mutuamente saludos por medio de sus perros; que disputaron sobre quién resucitaría un pariente de Nerón que acababa de morir; que Simon el mago no pudo realizar la resurrección más que á medias, y que el otro Simon la llevó á cabo por completo; que después se desafiaron á quién volaría más alto en el aire en presencia del emperador; que Simon Pedro, haciendo la señal de la cruz, hizo caer á su rival de la región media, lo que le hizo romperse ambas piernas; y que San Pedro, habiendo reinado veinte y cinco años bajo Nerón, que no reinó más que